

Julia Margaret Cameron

Virginia Woolf

Julia Margaret Cameron, la tercera hija de James Pattle del Servicio Civil Bengalí, nació el 1 de junio de 1815. Su padre era un caballero de señalada pero dudosa reputación quien después de vivir una vida revoltosa y de ganarse el título de "el más grande mentiroso de la India", bebió finalmente hasta morir y fue consignado en un barril de ron para esperar su embarco a Inglaterra. El barril fue puesto junto a la puerta del cuarto de la viuda. A medianoche oyó una explosión violenta, salió corriendo y encontró a su marido, quien había hecho saltar la tapa de su ataúd, erguido, amenazándola de muerte como lo había hecho en vida. "El shock la hizo desvariar, pobrecita, y murió loca". Es el padre de la señorita Ethel Smyth el que cuenta la historia (en *Impressions that Remained*), y continúa diciendo que, después de que "Jim Llamarada" fue clavado de nuevo y embarcado, los marineros se bebieron el licor en el que el cuerpo había sido preservado, "y, por Júpiter, el ron se derramó, ardió en llamas e incendió el barco. Y mientras trataban de apagar el fuego, el barco se precipitó hacia una roca, explotó y fue arrastrado hacia la playa justo abajo de Hooghly. ¿Y qué creen que dijeron los marineros? '¡Que ese Pattle era tan bribón que el diablo no quiso que abandonara la India!'"

Su hija heredó esa vena de vitalidad indomable. Si su padre era famoso por sus mentiras, la señora Cameron tenía el don de una lengua ardiente y una conducta pintoresca que han quedado impresas en las reposadas páginas de la biografía victoriana. Pero fue de su madre, se presume, que heredó el amor por la belleza y el desprecio por las frías y formales convenciones de la sociedad inglesa. Pues la sensible dama a la que la visión del cuerpo de su marido había matado, era francesa de nacimiento. Era la hija de Chevalier Antoine de L'Étang, uno de los pajes de María Antonieta, que había estado en prisión con la reina hasta su muerte y que fue salvado de la guillotina sólo a causa de su propia juventud. Fue

enviado al exilio a la India con su mujer, quien había sido una de las damas de la reina, y es en Ghazipur, con una miniatura que le dio María Antonieta colgando sobre su pecho, que yace enterrado.

Pero los de L'Étang trajeron de Francia un regalo de mayor valor que la miniatura de la desdichada reina. La vieja Madame de L'Étang era extremadamente bella. Su hija, la señora Pattle, era encantadora. Seis de las siete hijas de la señora Pattle era aún más encantadoras que ella. “Lady Estnor es una de las más bellas mujeres que jamás se haya visto en el país”, escribió Henry Greville de la más joven, Virginia. Ella padeció el destino común de la temprana belleza victoriana: fue acosada en las calles, celebrada en odas e incluso fue tema de un artículo en *Punch* debido a Thackeray, “a propósito de una bella dama”. No importaba que las hermanas hubieran sido criadas por su abuela francesa más de acuerdo con la tradición familiar que en el amor por los libros, “Ellas eran artísticas hasta la yema de los dedos, con aprecio —casi podría llamarse culto— por la belleza. En la India sus conquistas fueron muchas y, cuando se casaron y se establecieron en Inglaterra, tuvieron la habilidad de crear en torno suyo, ya fuera en Freshwater o en Little Holland House, una sociedad propia (“Pattledom”, fue bautizada por Sir Henry Taylor), donde podían arreglar y tapizar, echar abajo y construir, y seguir viviendo de una manera arbitraria y aventurera que los pintores y escritores, y aún los serios hombres de negocios encontraban muy de su agrado. “Little Holland House, donde vivía el señor Watts, era para mí un paraíso”, escribió Ellen Terry; “allí sólo se permitía la entrada a las cosas hermosas. Todas las mujeres eran agraciadas, y todos los hombres talentosos”. Allí, en las muchas habitaciones de la vieja casa de Dower, la señora Prinsep alojaba a Watts y a Burne Jones y recibía a numerosos amigos, entre árboles y prados que parecían estar en medio del campo, aunque el tránsito de Hyde Park Corner estaba sólo a dos millas de distancia. Cualquiera fuese la cosa que emprendían, fuera en pro de la religión o de la amistad, era hecha de manera entusiasta.

¿La habitación era demasiado oscura para un amigo? La señora Cameron mandaba inmediatamente abrir una ventana para que entrara el sol. ¿Estaba el

sobrepelliz del Reverendo C. Beanlands apenas pasablemente limpio? La señora Prinsep organizaba una lavandería en su propia casa y lavaba toda la ropa del clérigo de St. Micheal a su propia costa. Luego, cuando sus allegados intervenían y le imploraban que controlara sus extravagancias, ella hacía un gesto afirmativo con la cabeza con sus blancos y coquetos rizos en señal de obediencia, daba un suspiro de alivio ni bien los consejeros la abandonaban y volaba al escritorio para despachar a sus hermanas telegrama tras telegrama describiendo la visita. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 3. El retrato*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1993 (Trad. Patricia Gola).